

Las guerras trastocan las dinámicas sociales. La investigadora Amanda Littauer encontró y describió la manera en que los intercambios sexuales también se desarrollaron de distintas maneras en Estados Unidos, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

# Sexo en medio

## DE LA GUERRA

Hilda Torres



# TU PAÍS TE NECESITA

Luis Alberto Mejía Montaña / Letra 5

Mucho se ha investigado, sin duda, sobre las actitudes sexuales que acompañaron a los cambios socioculturales en los años sesenta y setenta. No así, sin embargo, sobre el periodo anterior, aquél que antecedió esa década de los cincuenta de extremo recato social, es decir, el periodo de la Segunda Guerra Mundial.

Quizá se ha escrito mucho sobre lo que la guerra significó en términos de cambios a nivel cultural en la sociedad estadounidense, sobre todo en lo que respecta a las relaciones de género e incluso la aún embrionaria cultura gay. Por ejemplo, las historiadoras feministas han analizado lo que significaron estos cambios para la situación de las mujeres, en concreto, el creciente control social que tomó como eje la vigilancia sobre las prácticas sexuales. Por otro lado, los estudiosos de la historia lésbico-gay han centrado su análisis en el surgimiento de nuevas comunidades gay, sobre todo en las grandes ciudades costeras.

Sin embargo el más reciente libro de la historiadora estadounidense Amanda Littauer nos muestra una nueva cara, mucho menos explorada, del impacto de estos tiempos de guerra sobre las prácticas sexuales, la transmisión de infecciones sexuales y lo que esto puede revelar sobre la cultura sexual de esa época.

### EXPEDIENTES SECRETOS TRES EQUIS

Para acceder a esa mirada, la autora utiliza un *corpus* muy peculiar como principal fuente. Se trata de informes que los médicos llenaban cuando un soldado asistía a una consulta, afligido por alguna enfermedad venérea. Estos informes fueron diseñados e implementados por las autoridades federales con el propósito de llevar un registro y un rastreo de la incidencia de infecciones sexuales que se transmitían entre hombres de milicia y mujeres estadounidenses; esto serviría para ayudar a comprender los patrones de transmisión de las infecciones en cuestión y así posibilitar el diseño de mejores programas sociales dirigidos a prevenir y controlar su transmisión.

Los informes permiten acceder a un mundo de experiencias que constituyen el correlato de los procesos políticos y económicos mayores que se derivaban de la situación bélica en ese momento, en particular, la manera en que esos relatos mayores influían y configuraban muchos aspectos de la vida cotidiana, como el ejercicio de la sexualidad.

Los datos para los informes se obtenían cuando un varón era diagnosticado con sífilis o gonorrea, sin duda las infecciones más comunes, después de lo cual el médico en turno entrevistaba al sujeto y llenaba los formularios. La información que se recababa incluía muchos detalles del encuentro sexual que el susodicho sospechaba que había resultado en su contagio, incluyendo elementos como el lugar y tiempo del encuentro, la descripción de la mujer con quien había entablado la relación (siempre se presuponía la heterosexualidad del paciente), la manera en que se habían conocido, entre otras cosas. Una de las preguntas importantes era si el individuo había pagado por el encuentro y si la mujer era "esposa", "amiga", "ligue" o "prostituta". Además, se incluía un espacio extra para escribir a modo de narración lo que el sujeto quisiera relatar.

Si bien consulta otras fuentes, es principalmente a partir de los informes que Littauer reconstruye muchas anécdotas, algunas muy reveladoras en cuanto a algunos aspectos de las dinámicas sexuales.

Por ejemplo, está el caso de un soldado infectado con gonorrea que reportó haber conocido a una joven llamada Bessie en una taberna. Ambos se retiraron para tener relaciones sexuales al borde del camino, en plena intemperie. El sujeto dijo que la mujer no le había cobrado nada, sin embargo, en el informe se reporta que Bessie era una prostituta.

Este tipo de ocurrencias, de acuerdo con Littauer, reflejan que la distinción entre trabajo sexual y sexo casual muchas veces no era muy clara, mezclándose contextos que podrían atribuirse a ambas situaciones.

Muchos diarios locales reportaban el **aumento de estas aventuras sexuales**, en particular de **gente joven**, y lo identificaban como un **signo de la decadencia moral** que se cernía sobre la sociedad estadounidense en estos tiempos de guerra.

Además también identifica un cierto patriotismo entre los motivos de algunos de los encuentros, lo cual deriva de otro tipo de testimonios; por ejemplo, una trabajadora sexual de nombre Mabel le confesó a una trabajadora social que sentía lástima por los soldados, por lo que muchas veces no les cobraba por sus servicios.

Había una diversidad muy amplia de motivos por la que las mujeres se acostaban con soldados, por lo que las autoridades federales fracasaron en sus intentos de disminuir la transmisión de enfermedades al prohibir los burdeles. Muchas mujeres buscaban tener actos sexuales con hombres del frente local no por dinero sino por simple goce o por una sed de aventura.

Si bien estos informes producen un sesgo debido a que todos los informantes eran hombres, también es cierto que posibilitan una mirada hacia un tema poco explorado, concretamente el de los actos sexuales que tenían lugar entre mujeres y jóvenes militares. De acuerdo con la autora, la perspectiva que proveen da razón a los miedos generalizados que había respecto la liberación sexual de las mujeres.

De acuerdo con sus hallazgos, los encuentros sexuales entre soldados y mujeres civiles reflejan una diversidad de prácticas y usos del espacio, así como considerables diferencias raciales. Muchos de los encuentros ocurrían ya sea en espacios públicos o privados de todo tipo: carros, hoteles, burdeles, residencias personales, camionetas, taxis. Sin embargo, eran más uniformes los lugares en que se conocían las parejas: usualmente en tabernas y bares.

En algunos casos, podría decirse que los estereotipos de género podían funcionar a favor de algunas mujeres al dis-

frazar sus verdaderas intenciones. Las mujeres que buscaban encuentros sexuales entre sí, en realidad gozaban de ciertas facilidades. A pesar de que en los informes no se incluían las mujeres que buscaban acostarse con otras mujeres, la autora infiere de otras fuentes, en particular de testimonios orales, que dichas situaciones en realidad sucedían sin mucha necesidad de esconderse; esto era debido a que dos mujeres fácilmente podían registrarse en un motel sin levantar sospecha alguna, pues nadie se imaginaba lo que se traían entre manos. No así las parejas de hombres

**ALGUNAS MUJERES SE INVOLUCRABAN EN ACTOS SEXUALES CON HOMBRES DEL FRENTE NO POR DINERO SINO POR SIMPLE GOCE O POR UNA SED DE AVENTURA.**

homosexuales o las parejas interraciales, que eran objeto de un escrutinio y vigilancia mucho mayor.

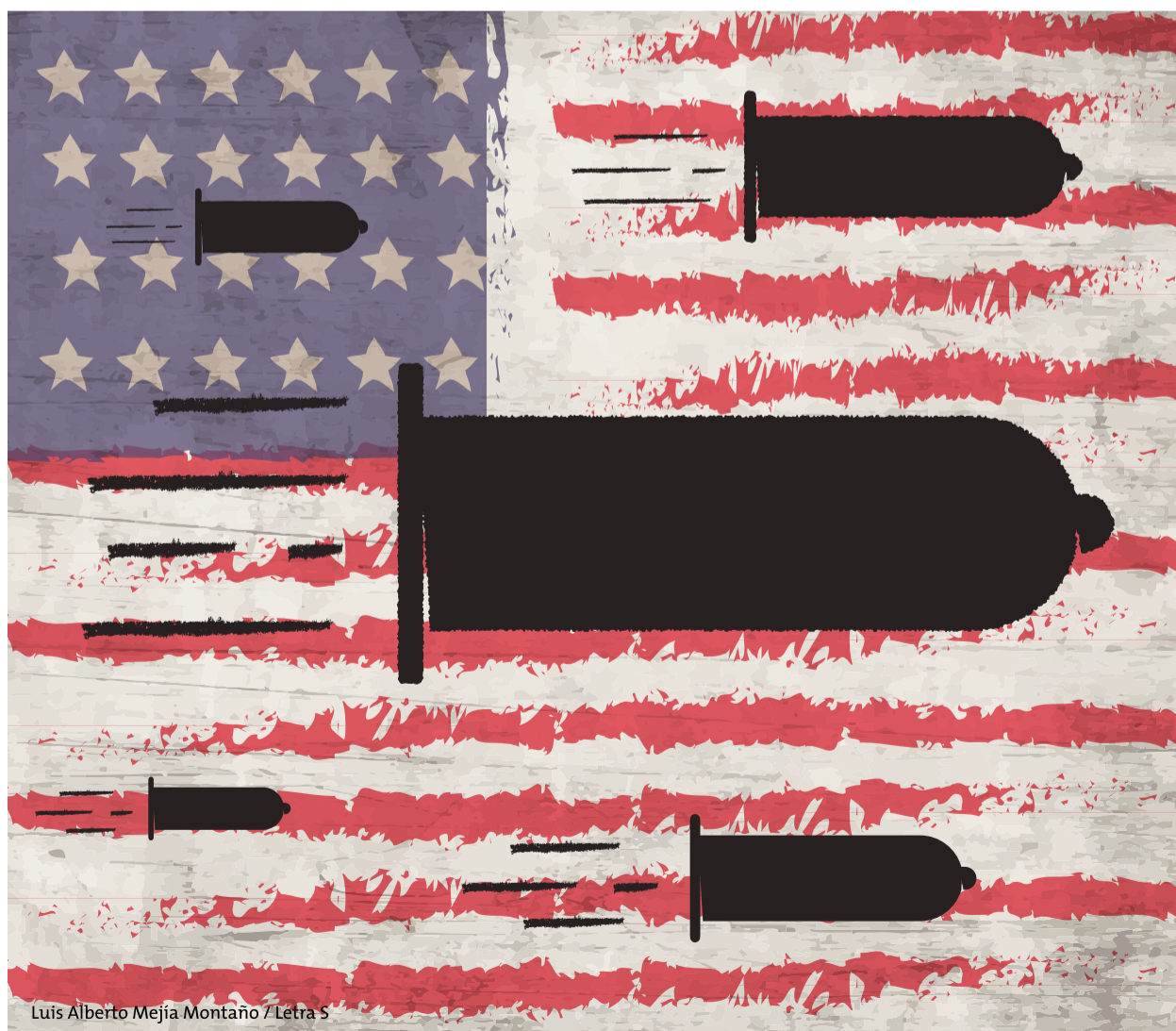
**LA SEGREGACIÓN RACIAL ALCANZÓ LA CAMA**

La segregación racial ciertamente se hace patente al considerar las diferencias entre razas en el comportamiento sexual, concretamente en lo que respecta al uso del espacio público y privado. Uno de los hallazgos de la autora precisamente tiene que ver con la enorme diferencia del uso del espacio entre blancos y negros, misma que se desprende de la marcada estratificación social que había en el momento. En esos años, hubo un enfoque particular por parte de

las autoridades, en los barrios que tradicionalmente eran de gente de color, lo que restringía considerablemente sus posibilidades. Hubo un incremento de la vigilancia y la presencia de la policía en sus vecindarios con el propósito de reforzar el orden público. Como respuesta a esta vigilancia exacerbada, las parejas de color preferían evitar problemas y optaban por mantener relaciones únicamente en espacios privados, en especial en sus domicilios o habitaciones.

Los blancos, por otro lado, tenían mucha mayor movilidad y la facultad de utilizar el espacio público, por lo que no dudaban en hacer buen uso de él y básicamente copulaban por doquier: parques, autobuses, trenes, calles, taxis; incluso establos, edificios vacíos o simplemente en cualquier lugar al aire libre. Todos estos lugares se convertían en espacios sexuales, especialmente para aquellas parejas que no tenían dinero para acceder a un hotel. Algunas fuentes, como el periódico *Chicago Daily Tribune*, contribuyen al espectro de espacios poco convencionales al indicar lugares como cementerios y túneles subterráneos. Era tal la situación que muchos diarios locales reportaban el aumento de estas aventuras sexuales, en particular de gente joven, y lo identificaban como un signo de la decadencia moral que se cernía sobre la sociedad estadounidense en estos tiempos de guerra.

Littauer concluye que en la década de los cuarenta, la vida (hetero)sexual era mucho menos privada de lo que suele pensar e incluso establece un vínculo entre estas posibilidades de expresión sexual derivadas de la movilidad social durante la guerra y lo que más adelante, en los años sesenta, se convertiría en una nueva ética liberal del orden sexual.



Luis Alberto Mejía Montano / Letra S

**Una trabajadora sexual de nombre Mabel** le confesó a una trabajadora social que sentía lástima por los soldados, por lo que muchas veces no les cobraba por sus servicios.